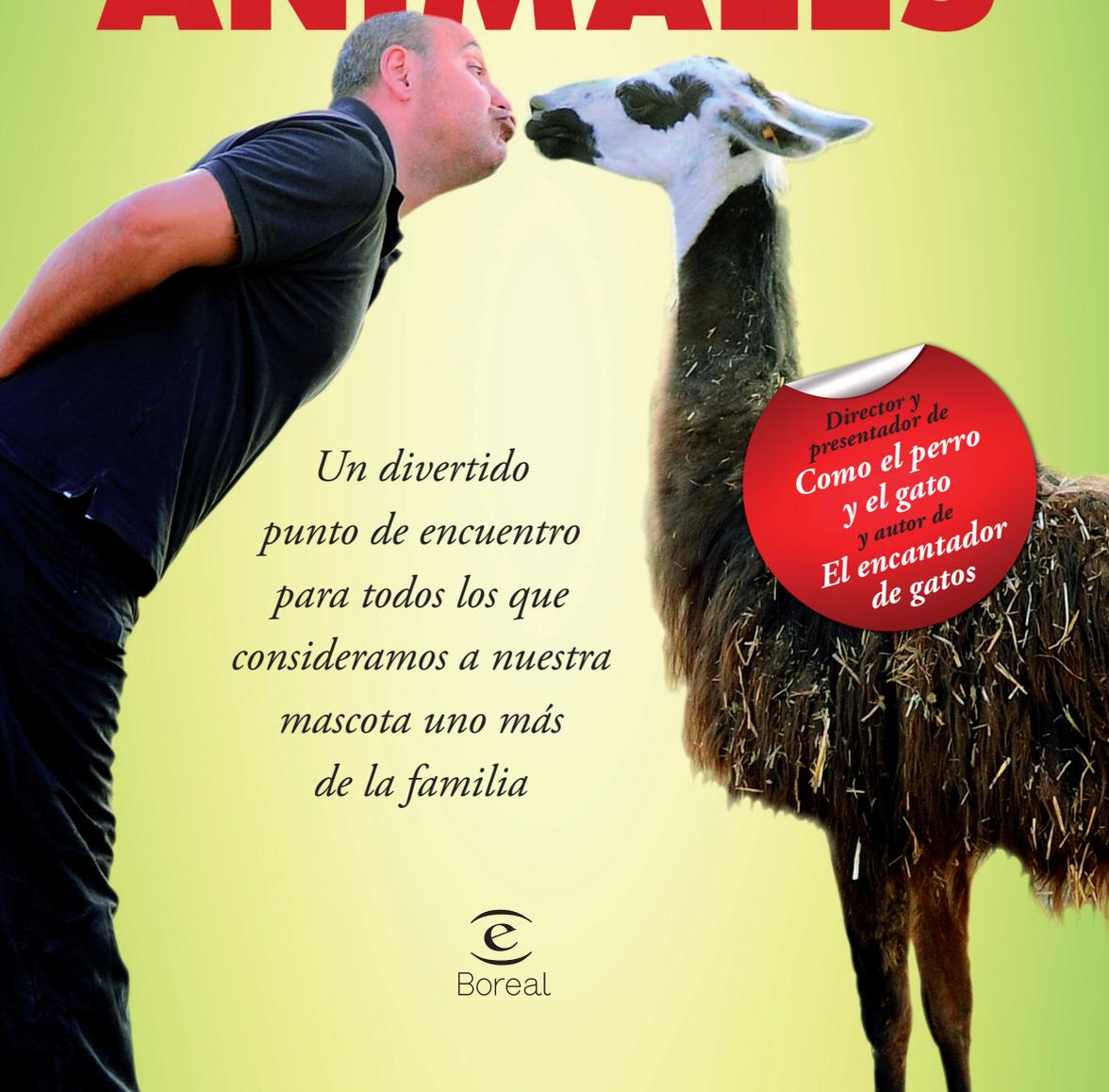


CARLOS RODRÍGUEZ **YO** **Y OTROS** **ANIMALES**



*Un divertido
punto de encuentro
para todos los que
consideramos a nuestra
mascota uno más
de la familia*

Director y
presentador de
**Como el perro
y el gato**
y autor de
**El encantador
de gatos**



YO
Y OTROS
ANIMALES

CARLOS
RODRÍGUEZ



Boreal

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
FAMILIA Y BIOFILIA	18
EL GRAN PASO DE PAPÁ.....	26
«FIERA CORRUPIA»	29
AQUELLA ESPAÑA PROFUNDA	35
EN EL COLE... ..	45
PRINCIPIOS INQUEBRANTABLES	51
¿VETERINARIO... O CURA?	56
¿Y POR QUÉ NO MÉDICO?	59
EL PRIMER CASO DE MALTRATO.....	62
LA VACA DEL TÍO TOÑIS	65
«ANIMAL COMMUNICATOR».....	71
Y POR FIN... ¡VETERINARIA!	75
MOMO.....	81
TRANSPORTE DE ÓRGANOS	85
EL PRIMER PASAJE AL ARCO IRIS.....	90

ÍNDICE

LA PRIMERA CIRUGÍA	94
IMPERIAL	98
LA CALIDAD, NUESTRA RAZÓN DE SER.....	102
PELIGRO DE MUERTE	105
FUEGO CRUZADO.....	108
PELIGRO DE MUERTE II	112
LA TERNERA <i>NINJA</i>	117
FALTA DE INTIMIDAD	120
<i>LA TERE</i>	124
EL HOMBRE MÁS FELIZ DE LA TIERRA.....	128
UN VETERINARIO EN LOS MEDIOS.....	133
LA PEQUEÑA CLÍNICA	141
¡ESTÁ HABLANDO!	145
VARIABLE MANEJO.....	150
LA PRIMERA URGENCIA	157
EL TRABAJO A CASA	164
ALGO MÁS QUE TONTO.....	170
<i>ROKO</i>	174
¿Y LOS GATOS?.....	187
PRESUNTA PARÁLISIS	192
ALGO MÁS QUE HIGIENE.....	195
CUERPOS EXTRAÑOS	202
¿PROTECCIÓN ANIMAL?.....	206
¿PONER LA OTRA MEJILLA O DEVOLVER EL GOLPE?..	212
ALTAS TORRES	215
EPÍLOGO.....	221

FAMILIA Y BIOFILIA

Era domingo...

El 26 de abril de 1964, a eso de las 11 de la noche, mi madre, mi querida Fe, se encontraba en la antigua maternidad de la calle O'Donnell de Madrid, intentando que los casi cinco kilos de ser humano que se hallaban en el interior de su vientre salieran de la forma más rápida y menos dolorosa posible.

Y sí, por fin llegué al mundo. Y lo hice en el seno de una maravillosa y estructurada familia de la época: padre, madre y un hermano cuatro años mayor que un servidor.

Por diversas circunstancias que nunca he tenido del todo claras —tampoco es que yo sea mucho de preguntar—, mi padre, mi adorado y currante padre, llegó al hospital cuando su hijo se encontraba ya al lado de su madre. Por lo visto, al retirar la sabanita que cubría mi angelical cara, su primer comentario fue: «¡Jesús, que cosa más fea!».

Tal alarde de sinceridad supuso unos cuantos días de enconado enfado por parte de mi madre e impuso toda una penitencia de súplicas y ruegos a mi padre. La familia... ya se sabe.

Mamá, la señora Fe, era ama de casa; papá, Edesio (no es un apodo, no, era su nombre real), trabajaba en el Instituto Nacional de Previsión, lo que posteriormente paso a ser el Insalud —y que puede que dentro de unos años sea solamente una gran empresa privada sanitaria—, y mi hermano, Antonio, pues eso..., un niño de cuatro años, como otros tantos de la época.

Parece plenamente admitido que los seres humanos, todos, debemos nuestro estilo de vida, forma de ser y actuar, nuestros comportamientos, gustos, manías, rarezas, fobias y filias a una singular, única y particular mezcla de genotipo y fenotipo.

El genotipo es aquello que nuestros progenitores nos aportan con los genes, con sus genes, una equilibrada cesión de material informativo que nos acompañará durante toda la vida; el fenotipo es un gran cajón de sastre: todo aquello que nos rodea, todo lo que puede aportarnos información, estímulos, todo aquello a partir de lo cual, tras diversas interacciones, se va constituyendo, estructurando —o desestructurando— nuestra única y exclusiva forma de ser.

Por ello es tan importante la familia...

Papá y mamá nos aportan la dotación genética y... sí, en ese complejo entramado también van escritas, de alguna forma, sus características individuales, unos códigos que veremos reflejados, antes o después, en unas u otras circunstancias en el desarrollo de nuestra evolución.

Pero, pero, pero... Quizá lo más importante es la aportación familiar al fenotipo, a todo aquello que nos forma, nos guía, nos dirige hacia una u otra manera de ser, de pensar, de comportarnos; su ejemplo, sus consejos, sus decisiones, los entornos en los que nos ubican (colegio, relaciones con el resto de familia, experiencias, viajes...).

La familia es vital en el desarrollo y en el futuro de cualquier ser humano, y, por ello, si un servidor es como es, principalmente en lo bueno que pueda presentar al mundo, es, sin lugar a dudas, gracias a las aportaciones de mi adorada familia.

Evidentemente, aquel día, el 26 de abril de 1964, yo no tenía la capacidad suficiente para valorar el mundo en el que había caído. Bueno, ahora, cuarenta y nueve años después, todavía no lo tengo del todo claro... pero, para situarnos, y utilizando la tecnología actual, he leído las ciento treinta y seis páginas de la edición matinal del *ABC* del día en cuestión. El periódico costaba ¡tres pesetas!

El día anterior se había cometido «el salvaje atentado artístico» de decapitar la famosa estatua de Copenhague conocida como «la pequeña sirena»; el «estrangulador del Támesis» era buscado por cincuenta detectives por los asesinatos de cuatro mujeres de «vida licenciosa» cometidos en los últimos seis meses; los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía visitaban Córdoba y en la capital de España vivían 2.486.466 almas, como confirmaba un exhaustivo estudio estadístico. A pesar de ser abril, las temperaturas máximas eran de más de veinticinco grados (¡qué daño nos está haciendo el cambio climático!).

Algo que siempre me ha gustado valorar como dato relevante del estado de la sociedad, el consumo y la publicidad de los variados productos, me ha arrancado unas cuantas sonrisas: irrumpían con fuerza los frigoríficos «americanos», con Kelvinator a la cabeza; nuestro whisky DYC hacía frente a todo tipo de bebidas que intentaban derrocarlo con invasoras pretensiones; entre los nuevos materiales nos ofrecían la formica; una profesión de futuro era la de radio-técnico diplomado —muchos aparatos de sonido que comenzaban a poblar nuestros hogares debían ser reparados—; la *blasier* era la chaqueta de éxito en el mundo...

Era la época de las tricotosas y de los papeles pintados de Colowall —su eslogan es para enmarcar: «El hogar es el estuche de su felicidad»—; Persil era el detergente más eficaz, moderno, que lavaba profunda y de-li-ca-da-men-te; CCC ya nos advertía de que saber idiomas en España era una gran oportunidad.

¿Y los deportes? En esta faceta puedo decir que el día que nací discurría la trigésima jornada de liga de la época, que el Real Madrid era el primero de la clasificación con cuarenta y cuatro puntos, seguido por el Barcelona, con cuarenta y dos; tras ellos, el Betis, Zaragoza y... ¡el Elche!

Pero, sinceramente, lo que más me ha sorprendido de la lectura de la prensa del día de mi nacimiento han sido una publicidad y un anuncio clasificado de venta:

La publicidad:

¡ATENCIÓN! El mejor negocio es criar conejos en plan intensivo para carne: ocupan poco espacio, fácil limpieza, mínimo trabajo...

Gane dinero con estos roedores.

Yo me pregunto si este «negocio» de criar conejos en casa se planteaba para cualquier hogar, cosa que no me extrañaría en aquella época. Y aunque ya no es cuestión de ahondar en la herida —aunque la empresa que ofrecía tan singular opción laboral sigue existiendo—, los conejos, queridos amigos, ¡nunca han sido roedores!

Y el anuncio clasificado:

Cachorros de Pastor Alemán, excepcionales, baratos...

Ya en aquella época se comerciaba con los animales de compañía, seguramente de forma alegal, algo que hoy, desgraciadamente, y a pesar de los esfuerzos de muchos —algunas de las vivencias que compartiremos a lo largo de este libro se refieren a ello—, sigue sucediendo.

Y por último, en referencia, ya no al día, sino al año 1964, dos apuntes más:

En el mes de febrero, tras la aparición en el programa de televisión de Ed Sullivan (audiencia de setenta y tres millones de personas), nace con fuerza inquebrantable la «Beatlemania»; en junio, Nelson Mandela era condenado a cadena perpetua.

¿Y qué hay de la biofilia?

La biofilia podría definirse como el amor, el interés, la necesidad de experimentar una vinculación o interacción con las formas vivas que nos rodean: ani-

males, plantas, naturaleza en general. Parece que todos los seres vivos necesitamos de una u otra forma estar estrechamente conectados con el resto de formas vivas para nuestra evolución y supervivencia.

Aunque no está completamente claro, todo apunta a que el término fue creado por Edward O. Wilson, biólogo estadounidense; para él la biofilia es «la pasión por todo lo que está vivo». Wilson considera la biofilia una pasión y no un «producto lógico». Personalmente, coincido plenamente con tal definición y su subsidiaria argumentación.

Todos los humanos, todos, tenemos en alguna parte de nuestro recóndito organismo, esa biofilia. Podemos comprobar que cualquier niño, superada la fase de miedo a determinadas formas vivas, a determinados animales, que suele experimentar a edad temprana, tiene una manifiesta inclinación a interactuar con ellas; los más pequeños disfrutan en plenitud si están en el campo, en contacto puro y libre con la naturaleza: todo les asombra, les interesa, interactúan, buscan, indagan...

Es también claro y evidente que la biofilia se mantiene, desaparece, crece o se difumina dependiendo del entorno familiar y social de cada uno de nosotros. Un niño, en una familia que respete a los animales, que contacte de forma regular con la naturaleza, será, sin lugar a dudas, un «amante de lo vivo»; aquellos que por hábito familiar, educación o estilo de vida se distancien de los irracionales, que prácticamente no contacten con el mundo natural, tendrán esas innatas sensaciones biofílicas dormidas o incluso completamente extirpadas.

Si un niño que circula por la calle de la mano de sus padres se acerca a un perro en un día normal de paseo y escucha de sus progenitores: «No toques al perro, que te puede morder», ¿no es lógico que en su interior se fomente un distanciamiento con los cánidos familiares? Sin embargo, como afortunadamente fue mi caso, si tu familia interacciona de forma positiva con los irracionales, fomentando el cariño, el respeto, el amor por todas las formas vivas que nos rodean, ¿no es lógico que tú, gracias a ese hábito familiar, mantengas viva la llama de la biofilia durante toda tu existencia?

En mi casa, desde que tengo recuerdos, estábamos rodeados de los típicos animales de compañía de la época: los canarios. Mi padre adoraba a aquellos plumados individuos. Hoy, desde mi perspectiva profesional, puedo asegurar que todos los especímenes de pico y pluma que pasaron por mi casa fueron unos absolutos privilegiados: limpieza exhaustiva de sus jaulas, la mejor comida, la mejor ubicación según las distintas épocas del año, crianza al compás de los ciclos naturales y sin pretender nunca criar masiva y especulativamente, con fines de venta... En fin, un ejemplo a seguir.

Recuerdo las típicas y escuetas conversaciones de mis progenitores sobre la superpoblación aviar:

Mi madre: —Edesio, ¿no crees que tenemos demasiados canarios?

Mi padre: —Son bastantes, si... pero no dan guerra, pobres...

Ante tan sentida respuesta y una mirada paterna tan dulce (creo que la mirada del gato de Shrek salió

de la de mi padre a mi madre), ¡quién podía negarse a que aquellos cantarines seres vivos ocuparan variadas estancias del hogar!

Yo *mamé* la biofílica actitud de mis padres, absorbía su ejemplo de forma diaria, participaba en los cuidados, ayudaba en la alimentación, me preocupaba de que no faltara agua limpia y alucinaba cada vez que aquellos horribles polluelos salían de sus huevos.

Con la biofilia se nace, por supuesto, que nadie lo dude, pero la biofilia se mantiene o desaparece, principalmente, como tantas y tantas cosas en nuestras vidas, por el ejemplo que recibimos de nuestro entorno familiar.

EL GRAN PASO DE PAPÁ

La *tele* era en blanco y negro, solo dos canales de televisión podían verse: el UHF y el VHF. Para cambiar de uno a otro tenías que levantarte y dar al botón correspondiente. ¡Vamos, igualito que hoy en día!

Mi padre trabajaba, mucho. La verdad es que eran pocas las horas que disfrutábamos de su presencia en casa, aunque eran los mejores momentos; como dirían los educadores actuales, eran «momentos de calidad». Sí, os lo aseguro, de la mejor calidad.

Le recuerdo en su sofá, con su paquete de tabaco a mano derecha, disfrutando de una de sus escasas aficiones: los toros. Cierto... le gustaban, mucho, le encantaban las evoluciones de aquel animal en un espacio circular rodeado de personas enfundadas en brillantes trajes. Mi hermano y yo, sentados a su lado, veíamos lo mismo que él, pero no lo entendíamos de igual forma. Recuerdo la pregunta que comenzó a

minar su inquebrantable afición: «¿Papá, por qué tiene mojada la espalda el toro?».

Evidentemente, en blanco y negro, la gran mancha de sangre de la cruz y la espalda del animal no se visualizaba bien y no se reconocía como lo que era en realidad. Su contestación, para salir del paso, fue: «Es sudor; como el animal está corriendo, suda...».

Como años después nos confirmó, aquella mentira piadosa comenzó a hacer mella en su taurina estructura mental. Además, cada vez que nos sentábamos a ver el presunto festejo nacional, más preguntas socavaban su pasión: «¿Por qué le clavan cosas?». «¿No le hacen daño al clavarle la espada?». «¿Por qué tiene que morir el toro?».

Estas continuas preguntas infantiles podrían haber sido justificadas de mil maneras con otras tantas mentiras piadosas, como la del sudor. Unos niños que adoraban a su padre habrían aceptado y tomado como palabra de Dios cualquiera de sus respuestas. Pero, lejos de continuar con más mentiras, mi padre adoptó la sabia decisión de no poner más corridas de toros en aquella televisión.

Si nos sentábamos en familia a ver la *tele* era para ver el *Un, dos, tres* (ya os contaré cómo mi vida me llevó a un mayor e íntimo conocimiento de ese glorioso programa), *El hombre y la tierra*, del inconmensurable Félix Rodríguez de la Fuente, y un espacio que pocos recordarán, *Zoo Loco*, el primer programa de mascotas que vi, hace muchos, muchos años en televisión... Recuerdo hasta la canción: «Zoo, zoo loco, zoo, zoo loco...», es un reino, de animales que nació en Prado del Rey. Hay qué alegría que siento cuando al

Zoo Loco yo voy; yo quiero a los animales, pues necesitan amor».

Como cualquiera podrá comprender, el mensaje televisivo se transformó, y pasó de transmitir dolor y muerte a cariño y respeto hacia los animales. Nunca podré agradecer suficiente a mi padre aquel cambio de rumbo; es evidente que mi empatía por los irracionales tiene gran base en aquellos momentos frente al televisor.

Tratando un día el tema de los toros, papá me comentó que sentía vergüenza por habernos mentado con lo del sudor del animal, que haberlo dicho le provocó pensar que su afición no sería tan buena cuando tenía que mentir a sus hijos para que lo entendieran.

Sé positivamente que en su fuero interno le gustaba la Fiesta Nacional, y sé también que, a pesar de ello, por ética y respeto hacia sus hijos tomó la decisión de no volver a ver ese espectáculo que no consideraba positivo para nuestra educación.

¡Como para no sentir amor, pasión y adoración por él!